

La filosofía en el tocador (marqués de Sade)

Extracto

EUGENIA: Pero, querida amiga, cuando ese miembro enorme, que apenas cabe en mi mano, penetra, como tú me aseguras que puede hacerlo, en un agujero tan pequeño, debe de causar un grandísimo dolor a la mujer.

SRA. DE SAINT-ANGE: Bien que esa introducción se haga por delante, bien se haga por detrás, cuando la mujer no está todavía acostumbrada siempre siente dolor. Le ha placido a la naturaleza hacernos llegar a la felicidad solo por las penas: pero una vez vencidas, nada puede igualar los placeres que se gustan, y el que se experimenta al introducir este miembro en nuestros culos es indiscutiblemente preferible a cuantos puede procurar esa misma introducción por delante. ¡Cuántos peligros, además, no evita una mujer entonces! Menos riesgo para la salud y ninguno de embarazo. No me extenderé más ahora sobre esta voluptuosidad. El maestro de ambas, Eugenia, la analizará pronto ampliamente y, uniendo la práctica a la teoría, espero que te convenza, querida, de que, de todos los placeres del goce, este es el único que debes preferir.

EUGENIA: ¡Ay, al menos nada es tan delicioso, lo noto!... Estoy fuera de mí... ¡no sé ya ni lo que digo ni lo que hago!... ¡Qué embriaguez se apodera de mis sentidos!

DOLMANCÉ: ¡Cómo descarga la pequeña bribona!... Su ano se aprieta hasta cortarme el dedo... ¡Qué delicioso sería encolarla en este instante! (*Se levanta y planta su polla ante el agujero del culo de la joven*).

SRA. DE SAINT-ANGE: Espera, Eugenia, voy a enseñarte ahora una nueva manera de sumir a una mujer en la voluptuosidad más extrema. Separa bien tus muslos... Dolmancé, ya veis que, de la forma en que la coloco, su culo queda para vos. Chupádselo mientras su coño va a serlo por mi lengua, y hagámosla extasiarse entre nosotros de este modo tres o cuatro veces seguidas si se puede. Tu monte es encantador, Eugenia. ¡Cuánto me gusta besar ese vellito!... Tu clítoris, que ahora veo mejor, está poco formado, pero es muy sensible... ¡Cómo te agitas!... ¡Déjame separarte!... ¡Ah, seguramente eres virgen!... Dime el efecto que experimentas cuando nuestras lenguas se introduzcan a la vez en tus dos aberturas. (*Lo hacen*).

EUGENIA: ¡Ay, querida mía, es delicioso, es una sensación imposible de pintar! Me sería muy difícil decir cuál de vuestras lenguas me sume mejor en el delirio.

SRA. DE SAINT-ANGE: Una joven nunca se expone a tener hijos mientras no se la deje meter en el coño. Que evite con cuidado esa manera de gozar; que ofrezca en su lugar indistintamente su mano, su boca, sus tetas o el ojete de su culo. Por esta última vía recibirá mucho placer, e incluso más que por otras partes; de las demás maneras, lo dará. A la primera de esas formas, quiero decir, a la de la mano, se procede como acabas de ver, Eugenia: una sacude, como si lo bombease, el miembro de su amigo; al cabo de algunos movimientos, el esperma salta; el hombre te besa, te acaricia durante ese tiempo, y cubre con ese licor la parte de tu cuerpo que mejor le place. ¿Que lo quiere hacer metido entre los senos? Nos tendemos en la cama, colocamos el miembro viril en medio de los dos pechos, lo presionamos y, al cabo de unas cuantas sacudidas, el hombre se corre de tal modo que nos inunda las tetas y algunas veces la cara. Esta manera es la menos voluptuosa de todas, y solo puede convenir a mujeres cuyo pecho, a fuerza

de servicio, haya adquirido suficiente flexibilidad para apretar el miembro del hombre comprimiéndose sobre él. El goce de la boca es infinitamente más agradable, tanto para el hombre como para la mujer. La mejor forma de gustarlo es que la mujer se tienda a contra sentido sobre el cuerpo de su jodedor; te mete la polla en la boca y, con la cabeza entre tus muslos, te devuelve lo que le haces, introduciéndote su lengua en el coño o sobre el clítoris. Cuando se adopta esta postura hay que agarrar, empuñar las nalgas y cosquillearse recíprocamente el agujero del culo, episodio siempre necesario para el complemento de la voluptuosidad. Amantes calientes y llenas de imaginación tragan entonces la leche que exhalan en su boca, y gozan delicadamente de este modo el placer voluptuoso de hacer pasar mutuamente a sus entrañas ese precioso licor, malvadamente escamoteado a su destino usual.

DOLMANCÉ: La postura más usada por la mujer en el goce sodomita es acostarse boca abajo, en el borde de la cama, con las nalgas bien separadas, la cabeza lo más bajo posible. El lascivo, tras haber disfrutado un instante con la perspectiva del bello culo que se le ofrece, tras haberlo palmoteado, palpado, a veces incluso latigado, pellizcado y mordido, humedece con su boca el lindo ojete que va a perforar, y prepara la introducción con la punta de su lengua; moja asimismo su aparato con saliva o con pomada y lo presenta suavemente al agujero que va a horadar; con una mano lo lleva, con la otra separa las nalgas de su goce; cuando siente su miembro penetrar, es preciso que empuje con ardor, teniendo mucho cuidado de no perder terreno; a veces la mujer sufre entonces si es nueva y joven; pero sin miramiento alguno para con los dolores que pronto van a convertirse en placeres, el jodedor debe empujar con vivacidad su polla gradualmente, hasta que por fin haya alcanzado la meta, es decir, hasta que el pelo de su aparato frote exactamente los bordes del ano del objeto al que encula. Que prosiga entonces su camino con rapidez: todas las espinas están ya cogidas; solo quedan las rosas. Para acabar de metamorfosear en placer los restos de dolor que su objeto aún experimenta, que acaricie el clítoris. Las titilaciones del placer que provoca cuando encoge prodigiosamente el ano redoblarán los placeres del agente, que, colmado de gusto y de voluptuosidad, disparará pronto al fondo del culo de su goce un esperma tan abundante como espeso. Quisiera que Eugenia me la menease un momento. (*Ella lo hace*). Sí, así es..., un poco más rápido, amor mío..., mantened siempre bien desnuda esa cabeza bermeja, no la recubráis nunca... Cuanto más tenso pongáis el frenillo, mejor es la erección... Nunca hay que cubrir la polla que se está meneando... ¡Bien!.. De este modo, vos misma preparáis el estado del miembro que va a perforaros... ¿Veis cómo se decide?... ¡Dadme vuestra lengua, bribonzuela!... ¡Que vuestras nalgas se posen sobre mi mano derecha, mientras mi mano izquierda os cosquillea el clítoris!

SRA. DE SAINT ANGE: Eugenia, ¿quieres hacerle gustar el mayor de los placeres?

EUGENIA: Por supuesto..., quiero hacer cualquier cosa para procurárselo.

SRA. DE SAINT ANGE: Pues bien, métete su polla en la boca y chúpala unos instantes.

EUGENIA *lo hace*. ¿Es así?

DOLMANCÉ: ¡Ah, qué boca tan deliciosa! ¡Qué calor!... ¡Vale para mí tanto como el más hermoso de los culos!... Mujeres voluptuosas y hábiles, no neguéis nunca este placer a vuestros amantes; los encadenará a vosotras para siempre... ¡Ah, santo Dios, rediós!...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Cómo blasfemas, amigo mío!

DOLMANCÉ: Dadme vuestro culo, señora... Sí, dádme lo que lo bese mientras me chupan. Vamos, Eugenia, colocaos; ejecutemos el cuadro que he trazado, y sumerjámonos los tres en la ebriedad más voluptuosa. (*Adoptan la postura*).

EUGENIA: ¡Ay! ¡Me desgarráis!

DOLMANCÉ: Debéis haceros masturbar siempre el clítoris cuando os sodomicen: nada casa mejor que esos dos placeres; evitad el bidé o el roce de telas cuando acabáis de ser jodida de esa forma: conviene que la brecha esté siempre abierta: de ello se derivan deseos y titilaciones que pronto apagan los cuidados de la limpieza; no se tiene idea de hasta qué punto se prolongan las sensaciones. Así, cuando estéis en trance de gozar de esa manera, Eugenia, evitad los ácidos: inflaman las hemorroides y vuelven las introducciones dolorosas; oponeos a que varios hombres os descarguen sucesivamente en el culo: esa mezcla de esperma, aunque voluptuosa para la imaginación, es con frecuencia peligrosa para la salud; echad siempre fuera las distintas emisiones a medida que se produzcan.

EUGENIA, masturbándose: ¡Ay, santo Dios! ¡Me volvéis loca!... ¡Aquí tenéis el efecto de vuestras jodidas palabras!...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Oh! ¡Sería injusto! (*Tomándola en sus brazos*.) ¡Adorable criatura, nunca he visto una sensibilidad como la tuya, nunca una cabeza tan deliciosa!...

DOLMANCÉ: Ocupaos de la parte delantera, señora; con mi lengua voy a lamer el lindo agujerito de su culo, mientras doy leves cachetadas en las nalgas; tiene que correrse entre nuestras manos por lo menos siete u ocho veces de esta forma.

EUGENIA, extraviada: ¡Ay! ¡Joder! ¡No será difícil!

DOLMANCÉ: Por la postura en que estamos, señoras mías, observo que podríais chuparme la polla por turno; así excitado, procedería con mayor energía a los placeres de nuestra encantadora alumna.

EUGENIA: Querida, te disputo el honor de chupar esta hermosa polla. (*La empuña*.)

DOLMANCÉ: ¡Ay! ¡Qué delicias!... ¡Qué calor voluptuoso!... Pero, Eugenia, ¿os portaréis bien en el momento de la crisis?

SRA. DE SAINT-ANGE: Tragará..., tragará..., respondo de ella. Y, además, si por niñería... o por no sé qué otro motivo... descuidara los deberes que aquí le impone la lubricidad...

DOLMANCÉ, muy animado: ¡No la perdonaría, señora, no la perdonaría!... ¡Un castigo ejemplar..., os juro que sería azotada! Descargo... ¡Mi leche corre!... ¡Traga!... ¡Traga, Eugenia, que no se pierda ni una sola gota!... Y vos, señora, ocupaos de mi culo, que a vos se ofrece... ¿No veis cómo está entreabierto mi jodido culo? ¿No veis cómo apela a vuestros dedos?... ¡Ah, calmémonos, no puedo más..., esta encantadora niña me ha chupado como un ángel!

EUGENIA: Querido y adorable preceptor, no he perdido ni una sola gota. Bésame, amor, tu leche está ahora en el fondo de mis entrañas.

DOLMANCÉ: Es deliciosa... ¡Y cómo ha descargado la pequeña bribona!...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Está inundada! ¡Oh, cielos! ¿Qué oigo?... Lllaman: ¿quién puede venir a molestarnos de este modo?

EUGENIA: Pero, querida, ¡esto es una traición!

DOLMANCÉ: Una traición inaudita, ¿no es así? No temáis nada, Eugenia, solo trabajamos para vuestros placeres.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ah, pronto quedará convencida! Acércate, hermano mío, y riéte de esta jovencita que se esconde para que no la veas.

EL CABALLERO: No temáis nada, os lo ruego, de mi discreción, bella Eugenia. Es total.

DOLMANCÉ: Solo se me ocurre una cosa para terminar de una vez este ridículo ceremonial. Atiende, caballero, estamos educando a esta hermosa joven, le enseñamos todo cuanto tiene que saber una señorita de su edad, y, para instruirla mejor, unimos siempre algo de práctica a la teoría. Le falta ver una polla descargando: en ese punto estamos: ¿quieres darnos tú el modelo?

EL CABALLERO: Tal propuesta es, desde luego, demasiado halagadora para que la rehúse, y la señorita tiene encantos que decidirán enseguida los efectos de la lección deseada.

SRA. DE SAINT ANGE: ¡Pues bien, vamos! Manos a la obra ahora mismo.

EUGENIA: ¡Oh! De veras que es demasiado fuerte; abusáis de mi juventud hasta un punto..., pero ¿por quién va a tomarme el señor?

EL CABALLERO: Por una muchacha encantadora, Eugenia..., por la criatura más adorable que he visto en mi vida. (*La besa y deja pasear sus manos por sus encantos*). ¡Oh, Dios! ¡Qué atractivos tan frescos y bonitos! ¡Qué gracias tan encantadoras!...

DOLMANCÉ: Hablemos menos, caballero, y hagamos más. Yo voy a dirigir la escena, estoy en mi derecho; el objeto de ésta es mostrar a Eugenia el mecanismo de la eyaculación. (*Se colocan*).

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿No estamos demasiado cerca?

DOLMANCÉ, apoderándose ya del caballero: Nunca podríamos estarlo demasiado, señora; es preciso que el seno y el rostro de vuestra amiga sean. Mientras tanto, sobadle cuidadosamente todas las partes lúbricas de su cuerpo. Eugenia, poned toda vuestra imaginación en los últimos extravíos del libertinaje; pensad que vais a ver realizarse los más bellos misterios ante vuestros ojos; pisotead todo comedimiento: el pudor no fue nunca una virtud. Si la naturaleza hubiera querido que ocultásemos algunas partes de nuestro cuerpo, ella misma hubiera tenido ese cuidado; pero nos ha creado desnudos; por lo tanto, quiere que vayamos desnudos y todo proceder en contra ultraja totalmente sus leyes.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Vamos, Eugenia, manos a la obra! ¡Ya está la manga de la bomba en el aire; pronto nos inundará!

EUGENIA: ¡Ay, querida amiga, qué miembro tan monstruoso!... ¡Si apenas puedo abarcarlo!... ¡Oh, Dios mío! ¿Son todos tan gordos como este?

DOLMANCÉ: Sabéis, Eugenia, que el mío es bastante inferior; tales aparatos son temibles para una jovencita; ya veis que este no os perforaría sin peligro.

EUGENIA, *ya masturbada por la Sra. de SaintAnge:* ¡Ay, a todos los desafiaria yo para gozar de ellos!...

DOLMANCÉ: Y hariais bien: una joven nunca debe asustarse por una cosa semejante; la naturaleza y los torrentes de placeres con que os colma, os compensan pronto de los pequeños dolores que los preceden. Con coraje y paciencia se superan los mayores obstáculos. Es una locura imaginar que, en la medida de lo posible, hay que recurrir a pollas muy pequeñas para desflorar a una joven. Soy de la opinión de que una joven debe, por el contrario, entregarse a los aparatos más gordos que pueda encontrar, a fin de que, una vez rotos cuanto antes los ligamentos del himen, las sensaciones del placer puedan, de este modo, producirse con mayor rapidez en ella.

EUGENIA: Realmente he vuelto a sentir placer.

DOLMANCÉ: Todos los excesos lo proporcionan cuando uno es libertino, y lo mejor que puede hacer una mujer es multiplicarlos más allá incluso de lo posible.

SRA. DE SAINT-ANGE: He depositado quinientos luises en un notario para el individuo que me enseñe una pasión que no conozca y que pueda sumergir mis sentidos en una voluptuosidad que todavía no haya gozado.

DOLMANCÉ: Esa idea es extravagante y la tendré en cuenta, pero dudo, señora, que ese singular deseo tras el que corréis se parezca a los débiles placeres que acabáis de gustar.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¿Cómo?

DOLMANCÉ: Cuando, como vos, señora, se ha probado el placer del culo, no concibo que nadie se vuelva a los otros.

SRA. DE SAINT-ANGE: Son viejos hábitos. Cuando una piensa como yo, quiere que la jodan por todas partes, y, cualquiera que sea la parte que un aparato perfora, una es feliz al sentirlo. Soy, sin embargo, de vuestra opinión, y aseguro aquí a todas las mujeres voluptuosas que el placer que se siente jodiendo por el culo superará siempre con mucho al que se experimenta haciéndolo por el coño. Que se remitan para ello a la mujer de Europa que más veces lo ha hecho de las dos maneras: yo les aseguro que no hay la menor comparación, y que difícilmente volverán al de adelante cuando hayan hecho la experiencia del trasero.

DOLMANCÉ: ¡Ese lugar es el culo! Jamás la naturaleza indicó otros altares para nuestro homenaje que el agujero del trasero; permite lo demás, pero ordena éste. ¡Ah, rediós! Si su intención no fuera que jodiésemos los culos, ¿habría proporcionado con tanta exactitud su orificio a nuestros miembros? Ese orificio, ¿no es tan redondo como ellos? ¿Hay un ser lo bastante enemigo del sentido común para imaginar que un agujero ovalado puede haber sido creado por la naturaleza para miembros redondos? Sus intenciones se leen en esa deformidad: nos hace

ver claramente con ello que sacrificios demasiado reiterados en esa parte, multiplicando una propagación que ella solo se limita a tolerar, le desagradarían de modo infalible... Pero prosigamos con nuestra educación. Eugenia acaba de contemplar a placer el sublime misterio de una descarga; quisiera ahora que aprendiese a dirigir sus oleadas.

SRA. DE SAINT-ANGE: En el agotamiento en que ambos estáis, será prepararle un buen trabajo.

EUGENIA: ¿Lo hago bien?

DOLMANCÉ: Siempre ponéis demasiada blandura en vuestros movimientos; apretad mucho más la polla que meneáis, Eugenia: si la masturbación solo es agradable porque comprime más que el goce, la mano que coopera tiene que volverse, para el aparato que trabaja, un lugar infinitamente más estrecho que ninguna otra parte del cuerpo... ¡Mejor, mucho mejor! Separad el trasero un poco más, para que, a cada sacudida, la cabeza de mi polla toque el ojete de vuestro culo... ¡Sí, así! Vamos, preparaos, señora; abrid ese culo sublime a mi ardor impuro; guía el dardo, Eugenia; ha de ser tu mano la que lo encamine a la brecha; es preciso que sea ella la que lo haga penetrar.

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Ay, métemela hasta el fondo de las entrañas!.. ¡Oh, dulce voluptuosidad, cuán poderoso es tu imperio! ¡Qué divino placer! ¡Sacúdeme, Dolmancé, sacúdeme!.., y tú, Eugenia, contéplame; ven a mirarme en el vicio; ven a aprender siguiendo mi ejemplo, a gustarlo con arrobos, a saborearlo con delicia...

DOLMANCÉ: ¡Voluptuosa criatura! ¡Cómo empujas mi leche, cómo me obligas a correrme con tus frases y con el extremado calor de tu culo!... Todo me fuerza a correrme ahora mismo.

SRA. DE SAINT ANGE: ¡Ay! ¡Joder, joder! Correos cuando queráis... yo no aguanto más. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Joder... joder!... ¡Qué increíble exceso de voluptuosidad! ¡Eugenia, déjame que te bese, que te coma, que devore tu leche mientras pierdo la mía!

EUGENIA, muy animada: ¡Oh, amigos míos, que alguien me encule! Tomad, aquí están mis nalgas..., os las ofrezco... ¡Jodedme, me corro!... *(Al pronunciar estas palabras cae en brazos de la Sra. de Saint-Ange, quien la estrecha, la besa y ofrece los lomos alzados de esta joven a Dolmancé).*

SRA. DE SAINT ANGE: Divino preceptor, ¿resistiríais esta propuesta? ¿No ha de tentaros este sublime trasero? ¡Mirad cómo respira, cómo se entrea-bre!

DOLMANCÉ: Yo mismo seré quien la introduzca; pero previamente, y por ello pido perdón a la hermosa Eugenia, tiene que permitirme azotarla para ponerla a punto. *(La azota).*

EUGENIA: Os aseguro que esta ceremonia es inútil... Decid, más bien, Dolmancé, que satisfice vuestra lujuria; pero al proceder a ella, os suplico que no finjáis que hacéis algo por mí.

DOLMANCÉ, que sigue azotándola: ¡Ah, ya me daréis noticias dentro de poco!... No conocéis el imperio de este preliminar... ¡Vamos, vamos, bribonzuela, seréis fustigada!

EUGENIA: ¡Oh, cielos! ¡Con qué empeño golpea!... ¡Mis nalgas están ardiendo!... Pero ¡me

hacéis daño, de veras!...

SRA. DE SAINT-ANGE: Voy a vengarte, amiga mía; voy a devolvérselo. (*Y azota ella a Dolmancé*).

DOLMANCÉ: ¡Oh! ¡Muchísimas gracias! Solo un favor le pido a Eugenia: que me deje azotarla con la misma cuerda con la que yo deseo que me azoten; ya veis que sigo en esto la ley de la naturaleza; pero esperad, arreglémoslo mejor: que Eugenia se suba a vuestros lomos, señora; se agarrará a vuestro cuello; así tendré dos culos al alcance de mi mano; los zurraré juntos. Sí, así es... ¡Ay, ya estamos!... ¡Qué delicia!

EUGENIA: ¿Es culpa mía? ¡Me muero de placer! ¡Querida, querida, no puedo más!...

SRA. DE SAINT-ANGE: ¡Dios santo! ¡Yo tampoco! Me gusta sentir la leche en el culo: cuando la tengo nunca la devuelvo.

EUGENIA: De veras que no puedo más... Ahora, amigos míos, decidme si una mujer debe aceptar siempre la propuesta de ser follada de esta forma cuando se la hacen.

SRA. DE SAINT-ANGE: Siempre, querida, siempre; debe hacer más todavía: como esta manera de joder es deliciosa, debe exigirla de aquellos de quienes se sirve; y si depende de aquél con quien se divierte, si espera obtener de él favores, presentes o gracias, que se dé a valer, que se haga acosar.

EUGENIA: ¡Oh, el ardiente deseo que tengo de ser jodida me hace atreverme a todo sin temer nada... Vamos, penetra, querido, a ti me entrego! ¡Espacio, más suave, no puedo aguantar!

EL CABALLERO: Grita cuanto quieras, pequeña bribona, te digo que tiene que entrar, aunque hayas de reventar mil veces.

EUGENIA: ¡Qué barbarie!

EL CABALLERO: ¡Miradla! ¡Ya está! ¡Ya está, santo dios!... ¡Joder! ¡Vaya virginidad del diablo!

EUGENIA: ¡Anda, tigre!... ¡Anda, desgárrame si quieres, ahora me río!... ¡Bésame, verdugo, bésame, te adoro!... ¡Ay, una vez que está dentro no es nada!: todos los dolores se olvidan... ¡Pobres de las jóvenes que se asusten ante semejante ataque!... ¡Qué grandes placeres rechazarían por un pequeño dolor!... ¡Empuja! ¡Empuja, caballero, que me corro!... Rocía con tu leche las llagas con que me has cubierto..., empújala hasta el fondo de mi matriz... ¡Ay, el dolor cede ante el placer, estoy a punto de desvanecerme!

SRA. DE SAINT-ANGE: Amor mío, bésame. Creo que nunca tuve tanto placer.